



Peregrinar

Félix Páramo

Me llamó la atención un apartado del libro Principios y preceptos del retorno a la evidencia, del filósofo italiano Lanza del Vasto, y quise reelaborar, a mi modo, algunas notas que resumo en lo que a continuación muestro.

No es fácil de llevar la diaria vida de un peregrino, pero la alegría de las fuentes la ilumina y nunca falta la grandeza del cielo. Hace mucho tiempo ya que llevo báculo, mochila y arrugas en la frente. A fuerza de balancearme sobre uno y otro pie he olvidado lo que me enseñaron los libros y maestros terminando mis pensamientos por secarse al sol y al aire reduciéndose casi a nada.

De hecho, ahora, no sé sino cosas tan evidentes que un hombre inteligente –como yo me creía– desdeñaría en declarar. Sin embargo, he aprendido los rudimentos del oficio, las reglas del peregrinaje y el itinerario del retorno: retorno a la evidencia y a mí mismo fundamentalmente.

¿Adónde vamos por ese camino en que andamos desde remotas épocas sin preguntar a nadie adónde lleva? En su caminar, unos van a tentar fortuna, otros para olvidar preocupaciones, otros en busca de sabiduría, la mayoría para acabar volviendo a su antigua rutina, pero, ¿cuántos acabarán encontrándose a sí mismos?, ¿cuántos retornarán a la evidencia? Ese es el fin primordial del peregrinaje. El que camina descalzo quiere retornar a la evidencia y siempre mostrará una sonrisa irónica ante las bicicletas, autobuses o vehículos..., porque caminar descalzo es sentir el pálpito de la naturaleza y sumergirse en la evidencia de lo que, gratis, se-da-de-por-sí. Solo mimetizándose con la naturaleza los pies del peregrino hacen que sus anhelos, deseos y pensamientos se detengan e interpeleen a su interior.

Si la vida del peregrino no equivale a la búsqueda de una verdad en que se detiene y termina, deberemos concluir que todo fue un error y todos los pasos de peregrinación solo equivaldrían a la multiplicación de ese error: turista, turigrino, paracaidista del camino... Y es que, el que camina, nunca llega. El peregrino no es un sabio ni un santo. Es sencillamente un buscador de infinitud y sabiduría. La verdad que se busca no está al final del camino. Está en todas partes, pero, sobre todo, en ti, eres tú mismo al que buscas. Teniendo esto en cuenta, no hace falta ir demasiado lejos, aunque sea necesario salir del trillado y diario programa.

Es tu cuerpo, que te arrastra en el mundo exterior, el que ignora aun lo que tu inteligencia ha intuido. Debes pisar las huellas de tus pensamientos, porque quieres tantear con tus manos lo que tu interior conoce. En otras palabras, quieres gravitar con tu peso sobre la tierra prometida de las certezas espirituales que tu retorno a la evidencia te comienza a mostrar.

Ve, camina, ponte en marcha con tu vida entera y que tu camino haga cantar tu cuerpo de bordón seco y tus piernas de viento. Enséñale a tu cuerpo a morir caminando. Enséñales, a tu cuerpo y corazón, paso a paso, la naturaleza de todo lo existente, que no es otra cosa sino pasar, irse y desaparecer. Y que toda existencia o cosa deseable diga a tus ojos: no te pertenezco.

Durante el día entero haz trabajar, haz caminar a tu cuerpo. No lo detengas sino para dormir. Si dejas por un momento de ocupar tu cuerpo, él te ocupará a ti.

Y, finalmente, no olvides, peregrino que, mientras el paisaje a tus pies se desarrolla y tus piernas y rodillas se quejan con silenciosos gritos, tú debes siempre conservar tu corazón ecuánime y lleno de gozo. Agudiza tu espíritu en una idea y apoya ese pensamiento sobre un punto de tu naciente y nuevo horizonte, porque siempre, siempre, serás –seremos– peregrinos; estarás y estaremos siempre de paso.